

mentaban el peligro á la imaginacion de los españoles. Cortés, que ya habia recibido el socorro de Coyohuacan, hizo una salida con su gente, puesta en órden de batalla. El empeño se sostuvo con gran valor y tenacidad por una y otra parte; pero los españoles y sus aliados se apoderaron de un foso y de una trinchera, y con la artillería y los caballos hicieron tanto daño á los Mexicanos, que los obligaron á refugiarse en la ciudad; y porque en la parte del lago que estaba á occidente del camino, empezaban á molestar á Cortés las barcas enemigas, mandó ensanchar uno de los fosos á fin de dar paso á los bergantines, los cuales se dirigieron tan impetuosamente á ellas, que las persiguieron hasta la ciudad y pegaron fuego á muchas casas de los arrabales.

Entre tanto Sandoval, terminada felizmente, aunque no sin gran riesgo, la expedicion de Iztapalapan, marchó hácia Coyohuacan con sus huestes. En el camino lo atacaron las tropas de Mexicaltzinco, pero las derrotó y quemó su ciudad. Cortés, noticioso de su marcha y de un gran foso abierto nuevamente en el camino, le mandó dos bergantines para facilitarle el paso. La division de Sandoval se dirigió á Coyohuacan, y él en persona, pasó con diez caballos al campo de Cortés. Cuando llegó, estaban los españoles peleando con los Mexicanos. El cansancio del viaje y de la accion de Mexicaltzinco, no bastaron á impedirle tomar parte en el encuentro. Combatió con su acostumbrado valor y recibió un dardo que le atravesó una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos; mas estas ventajas de los Mexicanos no eran comparables á la pérdida que sufrieron aquel día, ni al miedo que cobraron al fuego de los cañones. En muchos días no osaron acercarse al campamento, no obstante lo cual los españoles pasaron seis en continuos encuentros; pues los bergantines no cesaban de girar en torno de la ciudad, pegando fuego á muchas casas. En sus correrías descubrieron un canal grande y profundo, por el cual podían entrar fácilmente en la ciudad; circunstancia de que sacaron despues ventajas importantes.

Alvarado, por su parte, estrechaba cuanto podia á los Mexicanos, apoderándose, en frecuentes refriegas, de algunas trincheras y fosos del camino de Tlacopan. Tuvo en estas peleas algunos hombres muertos y muchos heridos. Observó que por el camino de Tepeyacac, situado hácia el Norte, se introducian continuamente socorros en la ciudad, y conoció que por allí podrian escapar fácilmente los sitiados, cuando se hallasen en estado de no poder resistir más á los sitiadores. Comunicó sus observaciones á Cortés y éste mandó á Sandoval que fuese con ciento diez y ocho peones españoles y con grandísimo número de aliados, á ocupar aquel punto y cortar toda comunicacion con los enemigos. Obedeció Sandoval, aunque molestado por la herida; y habiéndose apoderado sin oposicion del camino, quedó desde entónces impedida toda comunicacion entre México y la tierra firme.¹

PRIMERA ENTRADA DE LOS SITIADORES EN MÉXICO.

Ejecutada felizmente aquella medida, determinó Cortés hacer al día siguiente una entrada en la ciudad, con más de quinientos españoles y más de ochenta mil aliados, dejando diez mil de éstos, con alguna caballería, en el campamen-

¹ Robertson dice que Cortés quiso atacar la ciudad por tres puntos diferentes: por Texcoco, al lado oriental del lago; por Tacuba, á Poniente, y por Cuyocan (esto es, Coyohuacan), á Mediodía. "Estas ciudades, añade, estaban colocadas sobre las calzadas principales que conducen á la ciudad y que estaban hechas para su defensa." Lo cierto es que por la parte de Levante no podia haber calzada alguna, siendo muy profundas allí las aguas. Sandoval se acampó, no ya en Texcoco, en donde era imposible atacar á México, sino en Tepeyacac, hácia el Norte.

to. Sandoval y Alvarado debian entrar al mismo tiempo, cada uno por su camino, con las tropas de su mando, que no bajaban de ochenta mil hombres. Marchó Cortés en su direccion con su numeroso ejército, bien ordenado y flanqueado por los bergantines; mas á poca distancia halló un foso ancho y profundo y una trinchera de diez piés de alto. Opusieronse valerosamente los Mexicanos á su paso; pero rechazados por los bergantines, se adelantaron los españoles, alcanzando á los enemigos hasta la ciudad, donde los detuvieron otro foso y otra trinchera. El ímpetu del agua que entraba por el foso, el tropel de enemigos que concurrieron á su defensa, sus gritos espantosos, y la multitud de flechas, dardos y piedras que arrojaban, suspendieron algun tanto la resolucion de los españoles; pero habiendo, finalmente, echado de la trinchera á los que la ocupaban, con las repetidas descargas de todas las armas de fuego, pasó el ejército y continuó su marcha, tomando otros fosos y trincheras, hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de gente. A pesar de los estragos que en ella hacia un cañon que se fijó en la entrada, no se atrevian los españoles á acometerla, hasta que el mismo general, echándoles en cara su ignominiosa cobardía, los impulsó y les dió ánimo. Los Mexicanos, amedrentados al ver tanta intrepidez, huyeron al recinto del templo, donde tambien fueron perseguidos y atacados; pero de improviso lo fueron los españoles en su retaguardia por otras tropas mexicanas, y puestos en tal aprieto, que no pudiendo sostener su empuje, ni dentro del templo, ni en la plaza inmediata, se retiraron al camino por el cual habian entrado, dejando el cañon en poder de los contrarios. De allí á poco entraron oportunamente en la plaza tres ó cuatro caballos, y persuadiéndose los Mexicanos que iba contra ellos toda la caballería, se desordenaron por el miedo que tenian á aquellos grandes y fogosos animales, y abandonaron ignominiosamente el templo y la plaza, que fueron ocupados sin pérdida de tiempo por los españoles. Diez ó doce nobles se habian fortificado en el atrio superior del templo mayor; mas á pesar de su tenaz resistencia, fueron vencidos y muertos. El ejército español, en su retirada, pegó fuego á las mayores y más hermosas casas del camino de Iztapalapan, aunque no sin gravísimo peligro, por el ímpetu con que los atacaban los enemigos á retaguardia, y por el daño que les hacian desde las azoteas. Alvarado y Sandoval hicieron grandísimos estragos con sus divisiones, y los aliados merecieron aquel día los elogios del general español.

AUMENTO DE LAS TROPAS AUXILIARES DE LOS ESPAÑOLES.

Crecian diariamente y de tal modo las fuerzas auxiliares de los españoles con nuevos socorros y alianzas de ciudades y de provincias enteras, que no habiendo al principio en sus campamentos mas de noventa mil hombres, en pocos días llegaron á doscientos cuarenta mil. El nuevo rey de Texcoco, para manifestar á Cortés su gratitud, procuraba conciliarle el afecto de toda su nobleza, y armó además un ejército de cincuenta mil hombres, que envió en socorro de los españoles, bajo las órdenes de un hermano suyo. Este príncipe, que se llamó en el bautismo D. Carlos Ixtlilxochitl,¹ era un jóven de cuyo valor dan testi-

¹ Cortés lo llama *Istrisuchil*; Solís y Bernal-Díaz corrompen más el nombre, y escriben *Suchil*. Torquemada, en contradiccion consigo mismo, dice que este jóven era Coanacotzin, hermano mayor de D. Fernando Ixtlilxochitl, y pocas páginas despues hace á este mismo Coanacotzin, consejero principal del rey de México, durante el asedio. Lo cierto es que el jóven caudillo del ejército texcocano fué D. Carlos Ixtlilxochitl, al cual,

monio todos los historiadores antiguos, y especialmente el mismo Cortés, ponderando la oportunidad y la importancia de su auxilio. Cortés lo tuvo en su campo con treinta mil hombres, y los otros veinte mil se dividieron entre Sandoval y Alvarado. A este refuerzo de los texcocanos siguió muy en breve la confederación de los Xochimilcos y de los Otomites de los montes con los españoles, de cuyas resultas se agregaron veinte mil hombres más al ejército.

Solo faltaba á Cortés para completar su plan de asedio, impedir los socorros que entraban por agua en la ciudad. Para llevar á cabo este designio, retuvo consigo siete bergantines, y envió los otros seis á la parte del lago que estaba entre Tlacopan y Tepeyacac, á fin de que pudieran socorrer fácilmente á Sandoval y Alvarado cuando éstos lo necesitasen, y entre tanto surcasen en diferentes direcciones el lago, tomando todas las barcas que llevasen socorros y tropas á la ciudad.

Hallándose ya Cortés con tan numerosas huestes á su mando, determinó hacer dentro de tres días una entrada en México. Dió de antemano las órdenes necesarias, y el día señalado marchó con la mayor parte de su caballería, trescientos peones españoles, siete bergantines y una multitud innumerable de aliados. Hallaron los fosos abiertos, las trincheras reparadas y los enemigos bien apercebidos á la defensa: con todo, auxiliados por los bergantines, los sitiadores consiguieron hacerse dueños de todos los fosos y trincheras que habia hasta la plaza mayor de Tenochtitlan. Allí hizo alto el ejército, no permitiendo Cortés que se adelantase, sin dejar allanados todos los pasos difíciles que estaban en su poder; pero mientras diez mil aliados se empleaban en llenar los fosos, los otros quemaron algunos templos, casas y palacios, entre ellos el del rey Axayacatl, donde ya habian tenido los españoles sus cuarteles, y la célebre casa de pájaros de Moteuczoma. Hechas estas hostilidades, á duras penas y con gran peligro, por los esfuerzos que hacian los sitiados para estorbarlas, mandó Cortés tocar la retirada, que se ejecutó felizmente, aunque los enemigos no cesaron de molestar la retaguardia. Lo mismo hicieron por sus lados respectivos Alvarado y Sandoval. Esta jornada fué muy fatigosa para los españoles y sus aliados, pero de indecible aflicción para los Mexicanos, no solo por la pérdida de tantos bellos edificios, sino tambien por la befa con que los insultaban sus mismos vasallos confederados con los españoles, y los Tlaxcaltecas, sus mortales enemigos, los cuales les enseñaban los brazos y las piernas de los Mexicanos que habian matado, dándoles á entender que las cenarian aquella noche, como en efecto lo hicieron.

NUEVAS ENTRADAS EN LA CAPITAL.

Al día siguiente, muy temprano, para no dar tiempo á que los enemigos reparasen el daño del anterior, salió Cortés de su campo con el designio de continuar las operaciones; pero á pesar de su diligencia, los Mexicanos habian erigido de nuevo las fortificaciones arruinadas, y las defendieron con tal obstinación, que no pudieron tomarlas los sitiadores sino despues de combatir furiosamente por espacio de cinco horas. Adelantóse el ejército y ganó dos

muerto su hermano D. Fernando Cortés Ixtlixochitl, despues de la conquista, dió Cortés la investidura del Estado de Texcoco. Coanacotzin se mantuvo en la corte de México desde el principio de aquel año hasta la conquista. Fué hecho prisionero con el rey Cuauhtemotzin, y con él ajusticiado tres años despues en Izcanac, cuando los dos viajaban con el general español hácia Comayahua.

fosos del camino de Tlacopan; pero aproximándose la noche, se retiró al campamento, sin cesar de pelear con las tropas que le seguian el alcance. Sandoval y Alvarado sostenian otros combates, debiendo los sitiados hacer frente al mismo tiempo á tres ejércitos numerosos, que tenian en su favor las ventajas de las armas, de los caballos, de los bergantines y de la disciplina militar. Alvarado por su parte habia ya arruinado todas las casas que estaban á uno y otro lado del camino de Tlacopan; ¹ pues la población de la capital continuaba por aquella parte hasta el continente, como aseguran Cortés y Bernal Diaz.

Cortés hubiera querido evitar á sus tropas la gran fatiga de repetir diariamente los combates para apoderarse de los mismos fosos y trincheras; pero no podia guarnecer los que tomaba, sin exponerse á sacrificar las guarniciones al furor de los enemigos, ni queria acampar dentro de la ciudad, como se lo aconsejaban algunos de sus capitanes, pues además de los continuos ataques que podrían darle de noche, no le era fácil desde allí impedir los socorros que se dirigiesen á la ciudad, como podia hacerlo en la posición de Xoloc.

CONFEDERACION DE ALGUNAS CIUDADES DEL LAGO CON LOS ESPAÑOLES.

Mientras iban careciendo los sitiados de los auxilios de tierra firme, se aumentaban los de los sitiadores, los cuales recibieron á la sazón uno que les era tan ventajoso, como perjudicial á sus enemigos. Los habitantes de las ciudades situadas en las orillas y en las islas del lago de Chalco, habian sido hasta entónces opuestos á los españoles, y hubieran podido hacer mucho daño al campo de Cortés, atacándolo por una parte del camino, mientras los Mexicanos lo hacian por la otra; mas se habian abstenido de toda hostilidad, reservándose quizás para ocasión más oportuna. Los Chalqueses y otros aliados, á quienes no convenia la proximidad de tantos enemigos, procuraron atraerlos á su partido, ya con promesas, ya con amenazas y con vejaciones; y tanto pudo su importunidad y el temor de la venganza de los españoles, que al fin se presentaron en el campamento de Cortés, ofreciendo confederación y alianza, los nobles de Iztapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, Mizquic y Cuitlahuac, ciudades que ocupaban una parte considerable del valle. Alegróse extraordinariamente Cortés de este suceso, y pidió á sus nuevos aliados, no solo que lo ayudasen con tropas y con barcos, sino que trasportasen materiales para fabricar chozas en el camino; pues siendo aquella la estación de las lluvias, padecía mucho su gente por falta de abrigo.

Todo esto se ejecutó con tanta puntualidad, que inmediatamente pusieron á las órdenes de Cortés un cuerpo considerable de tropas, cuyo número no se dice, y tres mil barcas para ayudar á los bergantines en sus correrías. En estas barcas llevaron los materiales necesarios para las chozas, en que pudieron alojarse cómodamente todos los españoles y dos mil indios empleados en su servicio; pues el grueso de las tropas aliadas estaba acampado en Coyohuacan, á cuatro millas de Xoloc. No contentos con tan importantes servicios, llevaron al campamento muchos víveres, y especialmente pescado y cerezas en gran cantidad.

¹ Estas casas no estaban construidas en el mismo camino, sino cerca de él, en unas isletas que habia por una y otra parte. No sabemos que hubiese en el camino otro edificio que un templo, situado en una de las placetas que formaba. Alvarado lo tomó y mantuvo en él una guarnición casi todo el tiempo del asedio.

Cortés, á quien daban mayor estímulo estas nuevas fuerzas que se le habian agregado, entró con ellas dos días seguidos en la capital, haciendo un estrago considerable en los habitantes. Persuadíase que éstos cederian al excesivo número de enemigos que los rodeaban, experimentando los perniciosos efectos de su tenaz resistencia; pero se engañó en su esperanza, pues los Mexicanos estaban resueltos á perder la vida ántes que la libertad. Determinó, pues, continuar sus entradas, para obligarlos con incesantes hostilidades á pedir la paz que habian rehusado hasta entónces. Dividió su marina en dos escuadras, compuesta cada una de tres bergantines y mil quinientas barcas, mandándoles que se aproximasen á la ciudad, pegasen fuego á las casas é hiciesen á los sitiados todo el daño posible. Dió orden á Sandoval y á Alvarado que ejecutasen lo mismo por los puntos que ocupaban, y él, con todos sus españoles y con ochenta mil aliados, segun parece, ¹ marchó, como solia, por el camino de Iztapalapan hácia México, sin poder conseguir en esta ni en las otras entradas de aquellos días, más ventajas que ir disminuyendo poco á poco el número de enemigos, arruinar algunos templos é internarse algo más, para ponerse en comunicacion con Alvarado, si bien no le fué posible obtenerlo por entónces.

OPERACIONES DE ALVARADO Y PROEZAS DE TZILACATZIN.

Alvarado con sus tropas, ayudadas por los bergantines, habia tomado un templo que estaba en una placeta del camino de Tlacopan, en el que mantuvo guarnicion desde entónces, á pesar de los violentos asaltos de los Mexicanos. Tambien se habia apoderado de algunos fosos y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza contraria estaba en Tlaltelolco, donde estaba el rey Cuauhtemotzin y donde se habia recobrado infinita gente de Tenochtitlan, enderezó hácia aquella parte sus operaciones; mas aunque peleó con todas sus fuerzas por tierra y por agua, no pudo llegar hasta donde quiso, por la intrépida resistencia de los sitiados. En estos combates pereció mucha gente de una y otra parte. En uno de los primeros encuentros se dejó ver un membrudo y animoso Tlaltelolco, disfrazado de Otomite, con un Ichcahuepilli, ó coraza de algodón, y sin más armas que un escudo y tres piedras, y corriendo velocísimamente hácia los sitiadores, arrojó sucesivamente las tres piedras, con tanta destreza y vigor, que abatió un español con cada una, causando no ménos indignacion á los españoles que miedo y admiracion á los aliados. Se emplearon muchos arbitrios para haberlo á las manos; pero no fué posible, porque en cada combate se presentaba con un vestido diferente y en todos hacia gran daño á los sitiadores, teniendo además tanta velocidad en los piés para huir, como fuerza en los brazos para ofender. El nombre de este célebre Tlaltelolco era Tzilacatzin.

Ensoberbecido Alvarado por algunas ventajas que habia conseguido sobre los Mexicanos, quiso un día internarse hasta la plaza del mercado. Ya habia tomado algunos fosos y trincheras, uno, entre aquellos, que tenia cincuenta piés de ancho y siete de profundidad, y olvidado de mandarlo llenar, como lo habia ordenado Cortés, siguió adelante con cuarenta ó cincuenta españoles y algunos aliados. Los Mexicanos, conociendo su descuido, cayeron sobre ellos, los derrotaron y obligaron á huir, y al pasar el foso les mataron muchos alia-

¹ Conjeturo que las tropas aliadas que acompañaron á Cortés en esta entrada, eran 80,000 hombres, porque él mismo afirma que aquel día tenia 100,000 en su campamento, de los cuales, 20,000 á 22,000 se emplearian probablemente en los barcos.

dos y cogieron cuatro españoles, que inmediatamente fueron sacrificados á vista de Alvarado y los suyos, en el templo mayor de Tlaltelolco. Mucho sintió Cortés esta desgracia, que debia aumentar el vigor y el orgullo de los enemigos, y sin perder tiempo pasó á Tlacopan, con intencion de reprender severamente á Alvarado por su temeridad y desobediencia; pero informado del valor con que se habia conducido en aquella jornada y de que habia tomado los puestos más difíciles, se contentó con una benigna admonicion, repitiendo sus órdenes sobre el modo en que deberian hacerse las entradas.

TRAICION DE LOS XOCHIMILCOS Y DE OTROS PUEBLOS.

Las tropas de Xochimilco, de Cuitlahuac y de otras ciudades del lago, que estaban en el campamento de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasion que les ofrecian las continuas entradas de los españoles para saquear las casas de México, se sirvieron de una abominable perfidia. Enviaron una secreta embajada al rey Cuauhtemotzin, protestándole su invariable fidelidad y quejándose de los españoles, porque los forzaban á tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que en su primera entrada querian unirse á los Mexicanos contra aquellos enemigos de su patria, para darles muerte á todos y preservarse de una vez de tanta calamidad. Alabó el rey su intento y les señaló los puestos que debian ocupar, preguntándoles al mismo tiempo la recompensa que querian por su lealtad y afecto. Entraron aquellos traidores, como solian, á la ciudad, y fingiendo al principio volverse contra los españoles, empezaron á saquear las casas de los Mexicanos, matando á cuantos se les oponian, y haciendo prisioneras á las mujeres y á los niños. Conocieron su perfidia los Mexicanos, y los atacaron con tanta furia, que casi todos los culpados pagaron su maldad con la vida. Los que no murieron en el conflicto, fueron inmediatamente sacrificados por orden del rey. Esta traicion parece no haber sido planteada ni puesta en ejecucion, sino por una parte del populacho de aquella ciudad, gente mal nacida y dispuesta siempre á cometer toda clase de delitos.

VICTORIA DE LOS MEXICANOS.

Durante veinte días no habian cesado los españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas, algunos capitanes y soldados, cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron al general y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas que á sus órdenes tenia, y diese un golpe decisivo que los sacase de una vez de tanto peligro y cansancio. El designio de éstos era internarse hasta el centro de Tlaltelolco, donde habian reunido sus fuerzas los Mexicanos, para arruinarlos en una accion, ó al ménos inducirlos á rendirse. Cortés, que conocia cuán arriesgada era aquella empresa, procuraba disuadirlos de ella con las razones más eficaces; mas no pudiendo conseguirlo, ni pudiendo ya oponerse á una opinion que habia llegado á ser general en el ejército, tuvo que ceder á sus importunas instancias. Ordenó al comandante Sandoval que con ciento quince peones y diez caballos, fuese á unirse con Alvarado; que emboscase su caballeria y levantase el campo, fingiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, á fin de que, empeñados los Mexicanos en seguirlo, pudiera él atacarlos con la caballeria por retaguardia; que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo llenar

y apisonar; que no diese un paso adelante, sin dejar bien preparado el camino para la retirada, y que hiciese todos los esfuerzos posibles para entrar á mano armada en la plaza del mercado.

El día señalado para el ataque general marchó Cortés con venticinco caballos, toda su infantería y más de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército por una y otra parte del camino, los bergantines y más de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion en el pueblo y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo á la plaza del mercado. El mando de la primera division se dió á Julian de Alderete, tesorero del rey, que era el que con mayor empeño habia importunado á Cortés para emprender aquella expedicion; y éste le mandó encaminarse por la calle principal y más ancha, con sesenta peones españoles, siete caballos y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducian desde el camino de Tlacopan á la plaza del mercado, la ménos estrecha se señaló á los capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, con ochenta peones españoles y más de diez mil aliados; y de la más estrecha y difícil se encargó el mismo Cortés, con cien peones españoles y con el grueso de las tropas auxiliares, dejando á la entrada de cada calle el resto de la caballería y los cañones. Entraron todos á un tiempo peleando con valor. Los Mexicanos hicieron al principio alguna resistencia; pero fingiendo despues acobardarse, se retiraron y abandonaron los fosos á los españoles, á fin de que éstos, atraidos por la esperanza de la victoria, se aventurasen á los peligros que los aguardaban. Algunos españoles llegaron á las calles más próximas á la plaza, dejando incautamente detrás un ancho foso abierto, y cuando con más ardor procuraban entrar á porfía en la misma plaza, oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que solo se tocaba por los sacerdotes, en caso de urgencia pública, para excitar al pueblo á tomar las armas. Acudieron inmediatamente tan numerosas tropas mexicanas, y embistieron con tanta furia á los españoles y aliados, que los desordenaron y obligaron á volver atrás hasta el foso. Este parecia fácil de pasar, por estar lleno de ramazon y de otros objetos de poco peso, y al poner el pié en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravando el mal la violencia del tropel que se agolpaba.¹ Allí fué el mayor apuro de los fugitivos, pues no pudiendo pasar á nado y defenderse al mismo tiempo, morian á manos de los Mexicanos, ó quedaban en su poder. Cortés, que con la diligencia propia de un general, habia acudido al peligro, cuando vió llegar á las tropas aterradas, procuró detenerlas con sus gritos y exhortaciones, á fin de que su desórden no facilitase los estragos que estaban haciendo los enemigos. ¿Pero qué voces bastan á contener la fuga de una multitud desbaratada, especialmente cuando el terror la agujonea? Atravesado del más vivo dolor por la pérdida de los suyos, y no haciendo caso de su propio peligro, el general se acercó al foso para salvar á los que pudiera. Algunos salian desarmados, otros heridos y otros casi ahogados. Procuró ponerlos en órden y encaminarlos al campo, quedando él detrás con doce ó veinte hombres, para guardarles las espaldas; pero apenas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel día hubiera sido el último de su vida, á pesar del extraordinario brío con que se defendió, y con su vida se hubiera

¹ Solís dice que este foso estaba fuera de la ciudad, y que al salir de él los españoles, fueron atacados por los Mexicanos; mas este es un error manifesto, pues nos consta por el dicho de Cortés y de otros historiadores, que estaba entre el camino principal de Tlacopan y la plaza del mercado, y que para regresar los españoles á su campo tuvieron que atravesar la mayor parte de la ciudad.

perdido la esperanza de la conquista de México, si los Mexicanos, en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo para honrar con tan ilustre víctima á sus dioses. Ya estaba en su poder, y ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con la mayor prontitud á libertarlo. Debió Cortés principalmente la vida y la libertad, á un soldado de su guardia, llamado Cristóbal de Olea, hombre de gran valor y de singular destreza en las armas,¹ el cual, en otra ocasion lo habia preservado de un peligro semejante, y en aquella lo salvó á costa de su propia vida, cortando de un tajo el brazo al Mexicano que lo llevaba consigo. Tambien contribuyeron á su preservacion el príncipe D. Carlos Ixtlilxochitl y un valiente Tlaxcalteca llamado Temacatzin.

Llegaron por fin los españoles, aunque con indecible dificultad y con poca gente herida, al gran camino de Tlacopan, donde Cortés pudo ordenarlos, quedando siempre á retaguardia con la caballería; pero el arrojo y el furor con que los perseguian los Mexicanos, eran tales, que parecia imposible que uno solo escapase vivo. Los que habian entrado por los otros caminos, habian sostenido tambien reñidísimos combates; pero habiendo sido más diligentes en llenar los fosos, les fué ménos difícil la retirada, cuando por órden de Cortés la efectuaron hácia la plaza mayor de Tenochtitlan, donde se reunieron. Desde allí vieron con gravísimo dolor, elevarse de los hogares del templo mayor el humo del copal que los Mexicanos quemaban á sus dioses en accion de gracias por la victoria; pero creció su pena cuando los vencedores, para desanimarlos, les arrojaron las cabezas de algunos españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. De la plaza se encaminaron por el camino de Iztapalapan, á su campamento, hostigados sin cesar por una gran muchedumbre de enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar en la plaza del mercado por un camino que iba desde Tlacopan á Tlaltelolco, y avanzaron felizmente sus operaciones hasta un sitio poco distante de la plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles y oido decir á los Mexicanos que Cortés y sus capitanes habian perecido, se retiraron con gran dificultad, habiéndose agregado á los enemigos que ántes los atacaban, los que habian derrotado á las tropas de Cortés.

La pérdida que tuvieron en aquella jornada los sitiadores, fué de siete caballos, muchas armas y barcas, un cañon, más de mil aliados y más de sesenta españoles, de los cuales, unos murieron en la batalla, y los otros que cayeron prisioneros, fueron inmediatamente sacrificados en el templo mayor de Tlaltelolco, á vista de la division de Alvarado. Tambien murió el capitán de un bergantín. Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores quien no quedase herido ó mal parado.²

Celebraron los Mexicanos por espacio de ocho dias continuos la victoria que acababan de conseguir, con iluminaciones y música en los templos; propagaron la noticia por todo el reino, y enviaron á las provincias las cabezas de los españoles que habian perecido, para amedrentar á los pueblos que se habian rebelado contra la corona, y volverlos á traer á su obediencia, como lo consi-

¹ Bernal Diaz alaba en muchos lugares de su Historia el valor de Olea, cuya muerte fué muy sentida por el general y por los soldados.

² Cortés no cuenta mas que 35 á 40 españoles muertos y 20 heridos; pero, como otros muchos generales, disminuye sus pérdidas, y así lo hizo con la que experimentó en la derrota del 1.º de Julio. Más digno de crédito es Bernal Diaz, que parece tener particular esmero en llevar cuenta de los españoles que iban faltando.